

Ungaretti: Tierra Prometida

Andrea Zanzotto

Traducción: Ernesto Hernández Busto

Me encontraba una vez en Gorizia para una convención. Ungaretti también estaba allí, y se dedicó aquella vez (era ya un anciano) a ver de nuevo los campos de batalla donde había combatido, y donde había tomado forma la primera y fulgurante fase de su poesía. No había vuelto nunca a aquellos trágicos lugares; yo tenía que haberlo acompañado pero no pude, él fue junto con otros amigos, y luego supe cuánto lo había perturbado este regreso. En efecto, nunca puede consumirse del todo la negatividad de una experiencia como esa, que además para él había sido rescatada de alguna manera en la invención poética, en aquella expresión que parece un respiro residual, un detrito de factores “ya-humanos”, cenizas después de un irreparable holocausto. No fue la guerra de los reyes, ni la de los generales ni la de los vates aquella que Ungaretti esclareció y descubrió, sino la del “soldado desconocido” (es una expresión de Jahier, otra grandísima figura que lo sufrió todo en los campos de batalla), la del hombre en la trinchera convertido en algo peor que el insecto en el que se transforma el protagonista de *La metamorfosis* de Kafka, convertido en mero suceso, en insensatez pura que revela la insensatez de toda guerra sin posibilidad de disfraces retóricos.

Todos reconocen que Ungaretti tuvo la parte más relevante en el “descubrimiento” y definición de algunas posiciones fundamentales de nuestra poesía de este siglo: él fue el pionero que se adelantó sobre un terreno en el cual los otros lo alcanzaron más tarde. Entre 1916 y 1919 Ungaretti propuso, por primera vez en Italia, la temática quizás más característica de aquello que luego debía tomar forma como “existencialismo”. Más que un hecho literario, en el descubrimiento ungarettiano del hombre “cársico”¹,

¹ “*uomo carsico*”: Zanzotto hace referencia al terreno calcáreo, esponjoso, abun-

se da la primera revelación, como trauma radical, de aquella realidad que luego reapareció en Montale y en otros poetas y filósofos como “petrificado sufrir sin nombre”. El hombre-piedra, el hombre-suceso, el llanto que es “esta piedra”, aparecen ya en el primer Ungaretti como hechos válidos que definen una nueva y durísima época humana: el poeta se reconoce como proyectado en el ser, “abandonado en el infinito”, “hombre de penas” que naufraga en el “puerto sepultado”.

Y justamente el tema del naufragio, aun si podía evocar sugerencias de otro tono, de tipo simbolista, en Ungaretti comienza ya a tomar aquella coloración, aquella particular consistencia que tendrá luego en la elaboración poética y teórica del existencialismo. Incluso, es el lenguaje ungarettiano, aquel lenguaje al borde de la afasia, balbuceo de la palabra común y al mismo tiempo escanciación lapidaria y “pura”, el que concreta el tema existencial justamente bajo esta luz. Esa especie de arte poética que se expresa en *Commiato*² da un punto exacto de referencia, incluso gnómico, completamente nuevo y anticipador en el panorama de nuestra poesía y de la poesía europea. El encuentro con la palabra “hallada” en el silencio, “cavada como un abismo” en el seno mismo de la vida, del ser, gorga reveladora, “nada de inagotable secreto”, no introduce tanto, o sólo, la justificación de un estilo, cuanto una relación diferente entre el ser y el decir. Esta es la palabra de la piedra, de esa piedra que es el hombre, que es el ser: el peso, las implicaciones semánticas de los términos, su modo de anunciarse, por el cual cada fragmento parece arrancado con enorme fatiga al silencio definitivo, a la muerte, introducen el tono de una época llena de lóbregas perspectivas, en la cual, aún hoy, nos encontramos.

Pero junto a esta experiencia desintegradora, en Ungaretti había otras posibilidades, allí habitaba, como en Rimbaud, el espíritu del vagabundo, sediento sobre todo de “voir”, allí perseveraba

dante en torcas y grutas de la meseta de piedra caliza (en alemán *Karst*, en italiano *Carso*) que abarca Italia y Eslovenia, al norte de Trieste. En el frente del Carso luchó Ungaretti como soldado raso durante la Primera Guerra Mundial. (N. del T.)

² *Despedida* // Gentil/Ettore Serra/poesía/es el mundo la humanidad/la propia vida/florecidos en la palabra/la límpida maravilla/de un fermento delirante// Cuando en este silencio mío/encuentro una palabra/cavada está en mi vida/ como un abismo. (N. del T.)

una dignidad irrenunciable, una “distracción” de la muerte, que no podía no transformar en motivo poético incluso la constatación misma de la “mineralidad” humana, bajando y elevando al mismo tiempo una helada verdad al nivel de un motivo expresivo en la alegría liberadora de una conquista para el arte y luego para la vida: *Allegria di naufragi*, entonces. Sobre el naufragio debía prevalecer de algún modo “la alegría”, tanto como para hacerlo desaparecer como tal devolviéndolo a la arremetida de una invención. La alegría era la promesa de una aventura sin fin, que sin embargo tenía que desencadenarse justo sobre el terreno donde acampaban los monstruos de todos los tiempos, pero sobre todo del nuestro, y precisamente en medio de aquella oscuridad total estaba destinada a expandirse la fuerza del “nómada”. El “fuego de la aventura” consumía al naufragio en la alegría, como más tarde al “sentimiento del tiempo”, al “dolor”, hasta llegar al “grito” con una energía que, desde la piedra sufriente y casi muda, volviéndose al grito (que es dolor pero también insurrección) ofrecía precisamente las razones de un itinerario de resistencia contra cada sombra aniquilante.

Por otra parte, la palabra, en su ambigüedad de condición-abismo y de célula proliferante en su vida, si por un lado era conato o “fermento” sepultado en la existencia, por el otro era también infinito campo de encuentros, juego perpetuamente renovado, alegría de imágenes que surgían las unas de las otras, con autosuficiencia, para maravillar y edificar con su imprevisibilidad. La alegría un poco filibustera, el vitalismo, demasiado ebrio para no ser ignaro a veces, de algunos *vocianos* o *lacerbianos*³, en Ungaretti, justo midiéndose con una nueva y atroz realidad humana, con una nueva historia (que estaba reconociéndose tanto en una trinchera del Carso como en una oficina de Praga) asumía toda la responsabilidad de una revuelta contra la negación, de un llamado a la libertad. Más tarde Montale debía lanzarse más que todos al fondo de los infiernos de la “deyección”, aceptada como irresoluble punto de llegada; en un desenvolvimiento que no podía ser desarrollo, sino sólo delimitación, reconocimiento siempre más minucioso de una estrechez sin salida. Y si Montale, de tal manera, tenía que aparecer como el poeta de la necesidad,

³ Se refiere a los poetas asociados a las revistas *La Voce* y *Lacerba*. (N. del T.)

Ungaretti, derribando las siempre resurgentes barreras de los “temas de nuestro tiempo” y apropiándose de ellos, tanto como de “actos” y de “medios”, se anunciaba en cambio como alto testigo de la libertad, no obstante ciertas apariencias que lo implicaban en situaciones políticas ambiguas. La palabra de Ungaretti ha asumido siempre el pleno conocimiento de sí, la responsabilidad del ser grito, y recordemos *Un grido e paesaggi*. Toda la historia de la poesía está poblada por gritos humanos, pero quizás nunca como en nuestro siglo se han oído tantos, y con razón. Como Éluard (“me pongo a gritar/ le arranco a la muerte aquella mirada sobre la vida/ que le daba el adelantárseme/ con un grito”), como Kafka (“El hombre romperá con la fuerza de sus gritos los rigores que han sido decretados en su contra”), también Ungaretti hace converger su expresión en el grito que es la rebelión del hombre-libertad contra el hombre-condición (para él, también en el marco de la trascendencia religiosa). La poesía queda, pues, como el exorcismo final del absurdo de la vida, la justificación final de la libre “reinvención” de la vida. Y más allá de las bajuras del “puerto sepultado” en el fango de la existencia, Ungaretti pronuncia un reto, acepta una paradoja que lo ilumina todo, al final, como en uno de los *Nuovi cori per La Terra Promessa*: “Y traigo el presagio de que, terrible/ la nuestra devendrá alegría sublime”.

En el haber osado agredir a las sombras dialectizándolas en una perversa y lúcida “ebriedad” vital está la fuerza de Ungaretti y la razón del continuo ejemplo de su experiencia.

(...)

(1958-1988)